

La restauración no es una ciencia (por si aún quedan dudas)

Juan Carlos Barbero Encinas*

El presente artículo intenta aportar razonamientos que modifiquen sustancialmente la correspondencia que en los últimos tiempos se ha pretendido establecer entre los conceptos de ciencia y de restauración. Indudablemente este empeño participa de una generalizada corriente social que tiende a depositar toda clase de certezas acerca del mundo de lo real sobre principios científicos. No obstante, es probable que la correspondencia establecida entre restauración y ciencia por una buena parte de los restauradores actuales sea debida, principalmente, a una defectuosa comprensión de los límites de su trabajo o, incluso, a la promoción social que tal asociación lleva implícita.

Partiendo de la crítica a un artículo sobre restauración publicado en el Diario el País se aportan una serie de ideas tendentes a cuestionar la persistente tendencia a identificar ciencia y restauración

Palabras clave: Teoría de la restauración, criterios.

RESTORATION IS NOT A SCIENCE (JUST IN CASE THERE WERE STILL ANY DOUBTS)

The following article aims to give reasons that substantially modify the correspondence between the concepts of science and restoration that has recently been established. Undoubtedly, this endeavour is part of a general social tendency that tends to place any kind of certainty in the real world within the principles of science. Nevertheless, the connection between restoration and science, established mostly by present-day restorers, is due mainly to a misunderstanding of the limits of their work, or even to the social promotion that such an association gives.

Starting with the criticism of an article on restoration published in the daily newspaper El País, this article will present a series of ideas designed to question the persistent tendency to identify science with restoration.

Key words: Theory of Restoration, criterion.

* Licenciado en Historia del Arte. Restaurador. Profesor de la E.S.C.R.B.C. de Madrid.

Recibido: 28/12/06
Aceptado: 16/01/06

Por empezar castizamente diremos que ha llovido lo suyo desde que por primera vez se hablara de "restauración científica". En aquellos años, allá por los inicios del siglo XX, los que así mismos se veían como modernos teóricos de la restauración sintieron la necesidad de otorgar nuevo contenido a lo que hasta entonces había sido una especie de práctica artesana dedicada a reparar los desperfectos de las obras de arte. Hasta esos momentos en los que poco a poco se colaban nuevos vientos en las costumbres y conciencias de la sociedad occidental, la restauración había tenido mucho de práctica artística. Así, pintores eran los que retocaban los cuadros, como escultores eran los que reparaban las esculturas.



De los tiempos más primitivos de la restauración encontramos en nuestros museos lo que ahora vemos como testimonio de la genialidad de un artista o como evidencia de los modos pretéritos de pensar y sentir el arte. Hoy nos emociona la destreza técnica y el talento con que Bernini fue capaz de concebir un nuevo pie derecho para el fabuloso Ares Ludovisi, recortando su peana para que sobresaliera de ella, en una posición que alimenta el naturalismo y la elegancia de la figura. Sin duda aquello fue una restauración y como tal se llevó a cabo en respuesta a una necesidad. Hoy las cosas han cambiado sustancialmente y no necesitaríamos completar el pie del Ares, ni su nariz, ni la empuñadura de su espada, ni ninguno de los otros muchos elementos que tan magistralmente añadió Bernini.

Naturalmente es obvio decir que la más imponente escultura de Lisipo no sería lo mismo. Hoy más bien estamos en el polo opuesto y casi diría que bordeamos el sacrilegio si tan solo osamos retirar el polvo de la obra de un gran maestro (aunque, curiosamente, y como ejemplo de las contradicciones que definen nuestra época, la actual demanda de espectacularidad, de esparcimiento, de lúdica promoción museística y cultural, nos lleva a transfigurar completamente el aspecto de un icono nacional como El Caballero de la Mano en el Pecho para satisfacer con ello nuestro banal deseo de “verdad” y “autenticidad”).

Aquellas prácticas corrientes a las que sabemos se dedicaron grandes artistas de la pintura y la escultura dejaron de tener sentido. Por obra y gracia de la transformación de conciencia que nos legó la Revolución Francesa, los nuevos altares en que se convirtieron los museos pusieron una insalvable distancia entre los objetos artísticos y las pretensiones del espectador, que vio cómo se ponía freno a su “deseo” en favor del “ser” de las obras de arte. El arte ganó en autonomía y lo hizo de modo tan inapelable que no concebimos sin ella la evolución del arte hacia la modernidad y el surgimiento de las vanguardias. No obstante durante muchos años la forma habitual de “tratar” el arte siguió siendo artística, es decir, con claro predominio de la razón estética sobre cualquier otra consideración.

En un determinado momento la situación inicial experimentó un viraje irreversible. La restauración no podía ser una práctica sujeta al gusto caprichoso y voluble de los restauradores. El arte, imbuido de su propio pulso, había adquirido una existencia intemporal y tenía valor por sí mismo. Junto con esta transformación comenzó a buscarse en los objetos artísticos antiguos lo que se pensaba que había en ellos del espíritu humano, como si fueran una especie de reflejo de nuestra propia identidad. Por eso era importante no contaminar con lo moderno aquello que pertenecía a otra época y así conservar de ella sus esencias.

Pero el tiempo no se detiene en los objetos, ni estos nos hablan con la inmediatez y claridad del lenguaje. Nuestro acercamiento a los rastros de otros tiempos y de otras formas de entender la vida está teñido por la servidumbre que nos impone nuestro presente. De igual modo nuestra manera de gustar y apreciar lo pasado, nuestro gusto y la capacidad para el disfrute se relativizan por la mezcla de lo propio y lo ajeno. También, sin que nos lo hubiera mostrado Marcel Proust habríamos adivinado que nuestra manera de percibir y estar en el mundo están mediatizadas por el arte, por la acumulación de experiencias con el arte. Vemos por los ojos de Vermeer o Monet; sin que podamos evitarlo, nuestro universo sonoro está impregnado de Vivaldi, de ópera y *rock and roll*; leemos según Borges o Baudelaire... Toda nuestra sensibilidad presente está informada por el pasado y con ella juzgamos, apreciamos y experimentamos todo aquello que llega a nuestra conciencia. La autenticidad de lo antiguo sólo puede ser un concep-

to relativo del que sólo nos serviremos mediante un ejercicio de convención en el que lo presente no pierda su justa y lógica representación.

Pero para muchos restauradores actuales han dejado de contar las circunstancias del presente de la manera en que antaño contaron para quienes “arreglaban” cuadros y esculturas. El gusto y el buen sentido con que orientaban sus trabajos los antiguos reparadores de obras de arte no tiene cabida en la restauración actual. Incluso referirse a cuestiones de gusto o razones estéticas está mal visto. La restauración moderna reniega de estos problemas, como si tenerlos en cuenta le convirtiese a uno en víctima inocente de un solipsismo capaz de coartar su capacidad para el juicio claro y certero. Hoy, se dice, se debe restaurar con la objetividad de la ciencia, borrando de un plumazo lo que desde siempre han sido temas centrales de la filosofía universal. En realidad lo que ocurre con la restauración es algo más grave que una simple confusión terminológica: si la filosofía del arte, la estética o el gusto no cuentan es porque apenas se conoce nada de estos asuntos.

Pues bien, a pesar de tanta certeza científica la situación actual es lamentable. Todavía hoy, después de años de experiencias en restauración, después de haberse celebrado infinidad de cursos, congresos, seminarios, después de haber asimilado importantes avances tecnológicos, después de tanto camino recorrido, aún, repito, continuamente se tropieza uno con restauradores cuya solvencia profesional no es más que un diletantismo alimentado de frases hechas y lugares comunes. En un reciente artículo publicado en el diario El País¹ encontramos una muestra más de las torpes declaraciones de principios en las que se sujeta la restauración actual. Entre otras afirmaciones que también merecerían contestación resalto el siguiente párrafo.

En efecto, la conservación-restauración es una ciencia cuyo fin último es el conocimiento de las técnicas y procedimientos que faciliten la preservación del patrimonio cultural. Se trata de una disciplina de marcado componente interdisciplinar y quizá por eso abusivamente con-
strañida entre las ciencias naturales y humanas.

De entrada resulta chocante la facilidad con que se confunden los fines con los medios. El fin último de cualquier ciencia aplicada no puede ser el conocimiento. En todo caso el conocimiento es un medio para alcanzar algún objetivo. Lo que se quería decir, supongo, es que el fin de la restauración es la preservación del patrimonio cultural, cosa que tampoco parece adecuada si se alude con ello a lo que intuitivamente puede pensarse que es la preservación (limitar el acceso de visitantes a la cueva de Altamira es sin duda preservarla, pero a nadie se le ocurre que esta medida tenga mucho que ver con la restauración).

Otra objeción: está claro que parte del trabajo del restaurador depende en alguna medida de los conocimientos que le suministran las ciencias, o incluso que algunos aspectos relacionados con la restauración pueden constituir campos independientes de investigación (por ejemplo sobre el estudio de materiales o el diseño de nuevos productos). Ahora bien, decir que esto *constrañe abusivamente* a la restauración no parece que tenga demasiado sentido.

Descuidos como estos no tendrían mayor importancia si no fuera porque muestran el escaso nivel de instrucción de que adolece la restauración actual, la falta de revisión de sus principios elementales, y lo que es peor, si cabe, una creencia irreflexiva según la cual se está en el camino correcto.

El modo en que el concepto ciencia pretende ser introducido como razón constitutiva de la restauración sólo es una auténtica disonancia categorial. Desde mi punto de vista en esta postura existe un desajuste tan embarazoso como el que en el ámbito plenamente científico cuestionó en su día la naturaleza diferenciada entre lo orgánico y lo inorgánico. Sin embargo, la controversia de ambas discordancias es de distinto signo. Para los filósofos de la ciencia la complicación categorial que involucra lo orgánico y lo inorgánico era consecuencia de la diver-

¹ Fernando Carrera Ramírez, *Afanes de una ciencia enmudecida: la conservación*. Diario El País, 12 de septiembre de 2005

sidad intrínseca con que se muestra la realidad física. Fue por eso una complejidad asumida desde el conocimiento y se resolvió utilitariamente cuando ambos conceptos se interpretaron como parte de una convención lingüística con la que compartir información. El caso del restaurador es muy distinto. El restaurador no distingue, sino que asimila, y si confunde su trabajo con la labor científica es porque no sabe qué contenido corresponde a cada uno de los términos. Restauración y Ciencia son dos conceptos entre los que media una larga distancia conceptual.

Estoy convencido de que no debería resolverse la cuestión por la elemental vía de presentar ejemplos *ad hoc*. Al contrario, cualquier buen restaurador debería ser capaz de ofrecer razones que demostraran su profundidad de criterio en un asunto como éste. Sin embargo, y por subrayar lo gratuito de la controversia, sí me permito exponer un solo ejemplo: la misma distancia que en restauración separa el mero uso de la tecnología con respecto a la auténtica práctica científica es la que existe entre el ingeniero informático que crea un programa y el usuario que lo emplea como herramienta en su trabajo. Algo más que ingenuidad haría falta para creer que manejar el procesador de textos que ahora me ayuda a escribir estas líneas me convierte en informático.

Pero con frecuencia el restaurador sí cree poder establecer mediante ejemplos el parentesco de su actividad con la del científico. Con esta pretensión recurre inocentemente a un símil con el que avalar su derecho de transmutarse en científico: “si hago lo que hace el médico (es decir, diagnóstico y curo las obras de arte) entonces es que mi trabajo pertenece al ámbito de la Ciencia.” Pero incluso con la ayuda de ejemplos el restaurador también se equivoca, porque practicar la medicina no es lo mismo que hacer Ciencia.

La definición de Ciencia me resulta un problema de excesivo calado como para atreverme a proponer aquí una solución satisfactoria en cualquier nivel dialéctico. Además esta clase de debates no ayuda a fomentar el desarrollo de la profesión, al contrario, acortan su contenido y, sobre todo, eluden sus prerrogativas más específicas. En ésta, como en otras cuestiones, los restauradores deberíamos tener más claro el panorama y no malear nuestra actividad con vanas controversias terminológicas. No obstante me parece interesante no eludir el tema completamente y presentar al menos las objeciones más evidentes a la idea que identifica ciencia y restauración. Necesariamente las razones explicativas del concepto Ciencia han de quedar para el trabajo de lingüistas y filósofos, lo que no impide que nuestra modesta aportación también deba comenzar con una referencia a la autoridad del filósofo. Veámoslo.

Según Aristóteles las virtudes intelectuales del alma pueden establecerse en atención a la existencia de dos facultades diferenciadas, la del razonamiento científico y la del razonamiento dialéctico. La primera está orientada a la contemplación de las verdades necesarias y proporciona por ello el descubrimiento de lo que entiende son los objetos más elevados del conocimiento. Se trata pues de objetos universales y necesarios, no sujetos a contingencialidad alguna (Física, Matemáticas). Por el contrario, el razonamiento dialéctico se ocupa de asuntos contingentes, es decir, de aquellas cosas que pueden ser de varias maneras (Política, Ética, Economía). Pues bien, según esta clasificación elemental, llego a pensar que la diferencia entre ambas facultades es de orden expresivo antes que teleológico pues ambas comprometen áreas diferenciadas de una misma actitud del hombre hacia el mundo. Por eso, si acordamos que la diferencia teleológica entre estas dos facultades es insuficiente para separarlas absolutamente, y si entendemos igualmente que mantienen una misma actitud hacia el conocimiento, entonces podemos pensar que hay en ellas algo compartido. Así, no resulta desatinado convenir que ambas sean consideradas igualmente como ciencias, “teóricas” las primeras y “prácticas” las segundas. Con esta premisa general veamos ahora qué es aprovechable para la restauración.

No creo que la asimilación entre ciencia y restauración sea únicamente la expresión de un deseo de promoción personal o corporativa. Sin duda habrá casos –demasiados tal vez– en

los que así sea pero estoy convencido de que la extensión con que se manifiesta esta irregularidad conceptual tiene su origen en una insuficiencia teórica. Probablemente si se comprendiera la nítida diferencia que existe entre conservar y restaurar se evitarían confusiones en torno a la verdadera naturaleza de la profesión, y dejaría de tener sentido la búsqueda de una razón clasificatoria. Por decirlo en un instante, la conservación involucra las labores técnicas que se ocupan de la materia de las obras de arte, es decir, tiene por objeto su protección física para que no se dañen o desaparezcan. Por su parte entiendo la restauración como la faceta que atiende al aspecto con que las obras de arte han de mostrarse al espectador. Desde esta perspectiva la conservación viene a ser una tarea rutinaria, no sujeta a análisis o estudio especulativo. En ese ámbito el restaurador actúa siguiendo una metodología basada en una serie de conocimientos técnicos (nociones de química, física, mecánica, tecnología de materiales etc.) y en ocasiones bajo las prescripciones que le dictan los resultados de una analítica previa. No obstante hay que advertir que aunque también se utilicen los recursos de los científicos para obtener información, rara vez la toma de decisiones y el diseño de una metodología práctica dependen de los resultados que proporcionan las analíticas de materiales y otros estudios previos. Sólo el que no se dedica a la restauración puede confundirse en este punto.

Tal y como la conocemos, la conservación no es una práctica curativa de los bienes culturales, sino que tiene un carácter fundamentalmente preventivo. Habitualmente no corrige o soluciona los problemas que dan lugar a las alteraciones y deterioros que presentan las obras de arte. Se actúa sobre los síntomas pero no se cura la enfermedad. Algo parecido ocurre con la práctica de la medicina: se diagnostica el mal y se prescriben los remedios. La diferencia es que el médico también prescribe tratamientos que sí son de índole curativa. Es sabido que habitualmente el médico indaga sobre el origen del mal (aunque no de la manera en que otros indagan o investigan), pero sólo con el propósito de diagnosticar mejor y prescribir con mayor eficacia. Ahora bien, ni con el examen al paciente ni con la receta del jarabe está el médico haciendo Ciencia.

Dicho esto, parece claro que como ciencia teórica la conservación carece de los objetos de estudio correspondientes. Sus realidades no son universales, ni necesarias y, por supuesto, están sometidas a las circunstancias. A pesar de esto, tampoco podría decirse que la conservación es una ciencia práctica puesto que trata de cuestiones que sólo pueden ser de una manera, o al menos que son tratadas sin que medie en ello la reflexión filosófica. Entonces, si no es ciencia práctica ni teórica, ¿qué le queda a la restauración?, y también, según estos presupuestos, ¿cómo deberíamos categorizar la medicina?

Desde mi punto de vista tanto la conservación como la práctica de la medicina ejemplifican sobre todo una maestría, un oficio, un conjunto de saberes con los que realizar una tarea de índole práctica.

Por su parte la restauración expone un caso bien distinto. Su desarrollo sí involucra aspectos que necesariamente están relacionados con la reflexión o la especulación filosófica, lo que hace que pueda situarse en el apartado aristotélico de las ciencias prácticas. Efectivamente, la restauración se ocupa de realidades contingentes, realidades que pueden ser de varias maneras, de la misma forma en que lo hacen los que reflexionan sobre Política, Ética o Economía. Nada concreto, ni universal, ni inmutable le indica al restaurador cómo de limpio ha de quedar un cuadro, ni si se debe añadir o no lo que le falta a una escultura. Estas decisiones constituyen un objeto de atención contingente y por eso se supeditan a la deliberación filosófica. Así, sólo bajo este punto de vista la restauración, como la Política o la Economía, puede ser considerada ciencia especulativa o práctica. No obstante estoy seguro de que la tesis que identifica ciencia y restauración no interpreta las cosas de este modo. La alusión a la ciencia que suele hacer el restaurador se fundamenta en analogías con determinados aspectos de las ciencias puras y con los medios tecnológicos de que se valen algunas disciplinas prácticas. Ese es el mayor error de la restauración actual, pensar en los medios sin ocuparse por los fines.

Al margen de esto creo igualmente que la sociedad actual manifiesta una cierta resistencia lingüística en aplicar el término de ciencia práctica tal y como lo propone Aristóteles. Como ya dijimos y por abundar en el ejemplo, la reflexión política, la política teórica, se ocupa de realidades contingentes, de cosas que pueden ser de varias maneras. Cubre por tanto los requisitos para ser considerada ciencia práctica. Pero incluso pensando en aquellos que sin ser políticos se ocupan de reflexionar sobre la Política como concepto, el término científico nos parece incongruente. La expresión ha adquirido demasiadas connotaciones que la asocian con la tecnología y el progreso en el conocimiento objetivo, justo lo que entendemos que hacen otras disciplinas como la Física o la Química, ya sea en su vertiente aplicada o como especulación filosófica.

Así, para alguna de las llamadas ciencias prácticas nos encaja mejor un sentido de maestría y por eso hablamos sin embarazo de cosas como “el arte de la política”, del mismo modo que hablamos del “arte de la guerra” o del “arte del toreo”. Bajo esta misma categorización estoy seguro de que para muchas personas también tiene sentido hablar del “arte de la restauración”, lo que supone para los restauradores de hoy una especie de ofensiva vuelta atrás. Sin embargo, la expresión mantiene una absoluta congruencia semántica puesto que la misma vaguedad con que se desenvuelve la especulación filosófica propia de la restauración es la que encontramos en los inciertos y evanescentes contenidos del concepto arte.

Parece claro que la devaluación de la expresión “arte de la restauración” tiene su origen en la identificación del concepto arte con uno de sus principales componentes. Aún hoy el arte se relaciona directamente con el significado de su antecedente histórico: el *ars* de los romanos o la *techne* de los griegos indicaban maestría, ejemplificación de dominio y destreza en multitud de ámbitos, del mismo modo en que el arte ha sido siempre la ejemplificación de una serie de habilidades y pericias. Lo que también resulta evidente es que la propia evolución del arte ha restado sentido a una explicación total del concepto basada en la práctica y la habilidad manuales. El dominio del material y los conocimientos técnicos propios del artista han ido perdiendo terreno en favor de una imagen del objeto artístico como forma autónoma donde lo importante es la idea que sustenta el objeto y no los medios utilizados para crearlo.

En cualquier caso la categorización de los objetos del mundo siempre es para nosotros un problema complejo. Habitualmente nos desenvolvemos a la perfección utilizando toda clase de ideas, lo cual no significa que también en multitud de ocasiones no mantengamos un determinado nivel de incongruencia en el modo en que tales ideas habitan en nuestra mente. El concepto ciencia, ya lo dijimos, es uno de esos casos difíciles que ponen a prueba nuestra habilidad para razonar. Ciertamente es que no suele provocarnos conflictos pues todos manejamos una misma idea compuesta de imágenes muy parecidas, lo bastante equivalentes para hacer posible la comunicación. A pesar de lo dicho hasta ahora no creo que asimilar el concepto ciencia a la restauración sea un absoluto desastre lingüístico o conceptual, sin embargo exige una contestación en beneficio de un panorama más acorde con la realidad. Si hay desatino en la asimilación irracional entre ciencia y restauración no es porque tal asociación pueda dar lugar a equívocos sino porque supone una verdadera actitud destructiva para con la restauración.

No pretendo que la complejidad de un concepto como el de ciencia nos lleve a un *impasse* del que se haga necesario salir. Tampoco creo que lo fundamental sea proponer un nuevo término para sustituir otro precedente. Al contrario, lo fundamental es escapar del laberinto categorial y tratar de comprender las cosas en su justa medida. La restauración actual tiene por delante retos de envergadura. Contrariamente a lo que aparenta, aún queda mucho camino por andar y lo importante es andarlo en la dirección correcta. Pienso que situarse en ese camino es dirigir la mirada hacia los aspectos más humanísticos de la restauración, reconocer las dificultades –que son muchas y muy complejas– y mostrar deseos de superarlas. Nada se ha dicho hasta ahora que sirva de referente estable para la difícil tarea del restaurador. Ni con las ideas de Brandi ni con las de Baldini se resuelven los problemas. Es más, tal vez las teorías modernas

no hayan hecho más que poner a la restauración actual en una dirección equivocada de la que costará trabajo evadirse.

De entre la espesura intelectual que nos legó Aristóteles también se puede extraer algo que sirva ahora de aportación compensatoria a la crítica anterior. No me parece desatinado asociar el contenido de algunas disciplinas fundamentadas en la reflexión sobre el ser humano con el contenido de otro concepto aristotélico. Me refiero a la *Frónesis*, más conocida para nosotros en su versión latina como Prudencia. En origen la *Frónesis* es el nombre que recibe el saber particular, fruto del sentido común general y alimentado por tanto de las necesidades, los intereses y las expectativas a las que todos somos sensibles. La *Frónesis* es el sentido que permite al hombre orientarse en la complejidad de la realidad humana, discernir la esencia de lo singular, lo extraño o lo complejo. La sabiduría en Política, en Ética o en Economía no se alcanza únicamente por el conocimiento objetivo, exige también la correcta interpretación de los hechos y las circunstancias a que se someten. Como las anteriores, la Restauración es otra de esas "ciencias prácticas" aristotélicas en las que se hace necesario el "buen sentido" a que alude la *Frónesis*, la capacidad de previsión, el saber evaluar lo concreto en su relación con el todo, en definitiva, la capacidad para descubrir las posibilidades que cada situación nos ofrece.

No es éste lugar para demasiadas propuestas o demostraciones pero sí al menos para dejar claro que negar el binomio ciencia-restauración no es optar por la arbitrariedad, ni por el subjetivismo a ultranza, ni siquiera es inclinarse por el predominio de la razón estética. Decir "no" a la ciencia es, fundamentalmente, admitir la naturaleza especulativa de la restauración y, por ende, otorgarle la dedicación que su complejidad intrínseca necesita. No obstante estoy convencido de que la restauración también tiene sus límites, su marco justo de actuación, su propia e ineludible "objetividad". Lo lamentable es que entre tanto afán cientificista apenas nadie se interesa por encontrarla.

